

tuna pública; no sólo para que no se dilapide, sino para que se administre con prudencia y eficacia. Mientras en un país, por rico que sea, se considere como materia distinta del haber de cada ciudadano lo que el estado emplea en los gastos públicos, se ha dado, sin fijarse en ello, carta blanca al funcionario para estímulo de la desidia o provecho de la improbidad. Hay una verdad elemental, tan elemental como olvidada: la renta pública se nutre de la renta de los particulares. Del bolsillo de cada cual sale lo que se gasta estérilmente y lo que se malbarata. Si en Francia, para poner un ejemplo reciente y concluyente, se hubieran dirigido bien sus finanzas después de la guerra, la obra de la reconstrucción de los departamentos devastados estaría casi concluida y el contribuyente francés no vería tan de cerca ante sus ojos el espectro amenazador de la bancarrota.

No menos grave que los anteriores resulta el yerro de no haber sabido crear y vigorizar un poder judicial independiente. Independiente en su actuación, no en los términos elásticos y fáciles de eludir la ley constitucional. Nuestra judicatura no ha podido salirse de los antiguos moldes coloniales. No ha logrado ni aun seguir la evolución realizada por la administración de justicia española, a pesar de que ésta, en virtud de la organización pública allí existente, está forzada a depender del ejecutivo. Jueces íntegros hemos tenido y tenemos, hombres que han ocupado y ocupan con dignidad perfecta su alto sitio. Pero todavía estamos esperando esos jueces que se abroquen en su derecho, en el que les reconoce la constitución, para elevarse a la grande altura de su verdadero papel en una democracia: el de cubrir por igual con su égida a todos los ciudadanos necesitados de amparo, sean o no funcionarios; el de llamarlos a todos por igual a su barra cuando delincan, sean o no financieros. Hay que añadir a la igualdad ante la ley, la igualdad bajo la ley.

Por desgracia estas desviaciones de la norma trazada para el bien general tienen secuelas tan visibles como perniciosas en las costumbres. Sólo voy a detenerme en una porque arranca de lo más hondo de nuestro carácter colectivo. Nuestra pasión por el juego parece tomar los signos de la vesania. La capital de la república ha llegado a competir con el famoso Monte Carlo. El estado cubano da el ejemplo: tres veces al mes establece su gran ruleta en la tesorería nacional. Niños asilados son los ministros de la ciega diosa; y, como recompensa y estímulo, se les paga por el trabajo y nada se les cobra por la lección.

Permitidme, señores Académicos, que detenga aquí la pluma. Siento desfallecer el ánimo congojado. Mas no quisiera, sin embargo, dejaros bajo la impresión penosa de mi desfallecimiento. Ante vosotros se abre mucho más larga y espaciosa la ruta. La vida es combate, pero combate no significa siempre, no debe significar derrota; puede significar, debe significar victoria. Justadores en esta noble arena, tenéis delante a la patria, a Cuba que

os exhorta diciéndoos: «Vuestros precursores me dieron sin regatear su sangre; dadme vosotros vuestra devoción entera, vuestro esfuerzo constante. Ellos rompieron mis cadenas; romped vosotros el muro de hielo de la desidia pública, y alzadme en vuestros brazos al firme asiento que me prepararon mis héroes y debieron asegurarme mis mártires».

(*La Discusión*. Habana).

## Un mensaje del profesor John Dewey a la República de China en su décimo aniversario

**P**ARA aquellos que creen en el pueblo chino y también en su genuino carácter democrático, el Décimo Aniversario de la declaración de la República de China, es ocasión de congratulación y de tristeza. De congratulación, porque el país por fin se ha marcado un rumbo por donde puede encontrar su fuerza, su dicha y su libertad; de pena, porque la República es todavía allí nada más que un nombre y bajo la cubierta de este nombre, las fuerzas autócratas y militares han conquistado poder en los negocios domésticos de China.

Si observamos las condiciones políticas del país, de la nación en general, de la mayor parte de las provincias o ciudades, tenemos que admitir que si bien la Revolución de hace diez años, logró derribar la dinastía Manchú, no ha significado hasta aquí en ningún sentido positivo, una completa revolución. A la revolución como una transferencia del poder y de la autoridad al pueblo, como una liberación de la masa de una oligarquía corrompida, ignorante y despótica, le falta mucho todavía para ser llevada a cabo.

Sin embargo, dos años de permanencia en China, de visitas en las capitales de once de sus provincias, me han convencido de que hay manifestaciones inequívocas de progreso. Y aun creo que muchas de las cosas que, tomadas superficialmente, son desalentadoras, en realidad indican la agitación de fuerzas que realizarán grandes cosas en la siguiente década. No entraré en detalles, pero el rasgo más simple y característico que pude verificar durante mi temporada en China fué el seguro y rápido crecimiento de una opinión pública progresiva e ilustrada. El poder de la fuerza moral e intelectual en China es tan grande que todos los simpatizadores de China, pueden sentirse animados y tener fe en que el pueblo triunfará en su gran lucha por la República, que lo será de hecho y no un mero nombre.

Como uno de estos simpatizadores de China y como uno que tiene fe en su destino, quiero añadir mi humilde voz a las muchas que en el 10 de octubre aclamarán la fundación de China como una República.

(Trad. de *China Review* New York).

## Un pueblo que tiene en más valor la Sabiduría que los Rubíes

POR BERTRAND RUSSELL

**C**HINA, como Italia y Grecia, es frecuentemente mal juzgada por las personas cultas, porque la miran como un museo. La preservación de la belleza antigua es muy importante, pero ningún hombre vigoroso y previsor se puede resignar a ser un mero conservador. El resultado es que el mejor elemento del pueblo en China tiende a portarse como filistino con respecto a todo lo que es agradable al turista europeo. El europeo en China—dejando de lado motivos interesados,—es

apto para ser ultraconservador, porque gusta de cosas que sean distintivas y no europeas.

Pero ésta es la actitud de un forastero, de uno que considera a la China como un país para ser mirado y no para vivir en él, como un país más bien con un pasado que con un futuro. Mas, es natural, que el patriotismo chino no vea su tierra bajo este punto de vista; él desea que su nación adquiera lo que hay de mejor en el mundo moderno y no permanezca cual una